

El avestruz es un ave que iba para lan-
gosto.

Aprendió a tocar el saxofón porque
quería quitarse el vicio de fumar en pipa.

Con la moderna tetría del respeto a
ultranza de la libertad, la espontaneidad
y los derechos del hombre, vamos a con-
vertir a la humanidad al estado de plena
naturaleza.

La esperanza alarga nuestra vida por-
que el tiempo de la espera camina siem-
pre más lento.

No sé por qué, pero, cada vez que me
fumo una «señorita» me acuerdo de eso
de Juana de Arco.

Las zapatillas son la prisión atenuada
de nuestros pies.

La publicidad es un atentado a nuestra
libertad de escoger.

La arqueología es una negación del di-
cho ese de «lo pasado, pasado».

El divorcio es una cosa así como la
viudez a voluntad.

No es que aquel árbol hubiera crecido
torcido, es que no quería morir de pie.

José CANAL

Recuerdos

SE APELLIDA BARCA

Por Miguel MUÑOZ DE SAN PEDRO (†)

(Conde de Canilleros)



LO largo de mi vida, varias obras teatrales del poeta Eduar-
do Marquina fueron marcando jalones. Primero, siendo
muchacho, *En Flandes se ha puesto el sol* me deleitaba
con sus versos sonoros, leídos infinitas veces, entre los que
se encuentra aquella frase soberbia y definitiva:

«España y yo somos así, señora».

Más tarde asistí en San Sebastián al estreno de *El pavo real*, fino
poema que me dejó grato recuerdo. Por último, *María la viuda* fue
la base de mi relación más directa con el poeta.

Otras varias obras suscitaron en mí entusiasmos o decepciones; en
algún caso, ambas cosas juntas, pues esto último ocurrió con *Doña
María la Brava*, comedia magnífica, pero con una mixtificación histó-
rica, porque doña María de Monroy es la única llamada *la Brava*, por
la forma de vengar la muerte de sus hijos. Marquina inventó otra doña
María, falsa y ligada a la vida de don Alvaro de Luna.

En los escasos y breves ratos que vi al poeta antes del estreno de
María la viuda, no me pareció oportuno preguntarle por qué había
hecho la mixtificación histórica. Después hubo ocasión de hacerle la
pregunta, porque el trato fue de más confianza:

—No me pida explicaciones—me contestó—: yo no soy más que
un poeta.

Lo histórico había venido de una manera directa a ligarnos con su
repetida obra *María la viuda*. El tema tratado, estaba en un relato tra-

dicional de Extremadura, que Rafael Garcia-Plata de Osma recogió, enviándolo a Menéndez Pidal, quien lo había publicado en un estudio sobre éste y otros relatos tradicionales. Como cuento oído en Alcuéscar, pueblo de la provincia de Cáceres, fue recogido por Garcia-Plata; pero era curioso que Ricardo Palma, en sus *Tradiciones Peruanas*, recogiese el mismo tema, como ocurrido en aquel país. Real o inventado, no podía dudarse de que la cuna del relato era Extremadura, de donde paso al Perú, por el íntimo contacto que entre el lejano imperio y la citada región española dejaron establecido sus conquistadores extremeños.

Fui yo el que tuvo la fortuna de encontrar la raíz histórica del suceso, en un manuscrito del siglo XVI, que guardo en mi archivo. El hecho ocurrió en Extremadura, en la ciudad de Trujillo—cuna de Francisco Pizarro, conquistador del Perú, reinando en España Felipe II. El autor del manuscrito, don Esteban de Tapia y Paredes, Señor de Plasenzuela, Guijos y Avililla, lo consigna con todo detalle y con toda la autoridad de un cronista coetáneo. Cuando vi a Marquina después de mi descubrimiento, le dije:

—Tengo para usted un dato histórico. Ya sé el apellido de su *María la viuda*, que era extremeña: se apellidaba Barca.

—Eso me interesa. Cuénteme.

Le conté lo que dice el manuscrito, que es el hecho concreto, raíz escueta del relato y del tema dramático, ya que éstos se desvían y se enlazan con otras incidencias, conservando tan solo del suceso real la caridad cristiana, llevada al heroísmo por la madre que esconde y ampara al asesino de su hijo único.

—Mándeme una nota, copiando lo que dice el manuscrito—me pidió el poeta—. Esta aclaración histórica me agrada. Ya conozco algo más de mi *María la viuda*, porque sé que se apellidaba Barca.

En una carta le envié copia de las líneas que el cronista dedica al asunto.

—Muchas gracias por el envío—me dijo Marquina cuando volvimos a vernos—. Tiene usted ya una parte en mi poema.

—En su poema—contesté—no tengo absolutamente nada. Todo es suyo y todo es magnífico. Lo mío se reduce a una curiosidad histórica.

—Que completa el personaje—agregó—, porque antes María era un ser irreal; ahora es una mujer que tiene su apellido.

La larga carrera de triunfos de Eduardo Marquina la iniciaron sus

Odas y el poema *Vendimión*, destacándole en la escuela llamada modernista. La Real Academia Española premió su obra *En Flandes se ha puesto el sol*, nombrándole luego Académico, en 1939. Tras cosechar abundantes laureles, a los sesenta y siete años—había nacido en Barcelona, el 21 de Enero de 1879— al poeta de los sonoros versos vino a sorprenderle la muerte en un hotel de Nueva York, el 21 de Noviembre de 1946, cuando en cultural embajada recorría América.

Para mí, su recuerdo ha quedado unido al de aquella sublime extremeña, heroína de la caridad, que se apellidaba Barca...

